

La Exposición Hispano-Francesa de 1908: balance de una experiencia arquitectónica singular a la luz de un siglo

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ MARTÍNEZ*

MARÍA PILAR POBLADOR MUGA**

Resumen

La Exposición Hispano-Francesa de 1908 constituyó un hito fundamental para la historia de Zaragoza tanto desde el punto de vista arquitectónico como urbanístico. En primer lugar supuso el triunfo institucional y social de la arquitectura modernista, utilizada en todo su esplendor en las construcciones efímeras; por otro lado, la Exposición se instaló en una zona hasta entonces no urbanizada, donde en las décadas siguientes se levantó un espectacular barrio de viviendas burguesas. No menos importante es que esta exposición ha dejado un testimonio arquitectónico permanente en la ciudad en el entorno de la plaza de los Sitios a través de un conjunto de singulares edificios: el Museo de Artes, la Escuela de Artes y Oficios y La Caridad, un importante legado arquitectónico y un documento histórico esencial para esta época clave en la capital aragonesa.

The Hispanic-French Exhibition of 1908 constituted a fundamental milestone for the history of Saragossa so much from the architectural as urban development point of view. First of all, it supposed the institutional and social victory of the modernist architecture, used in all its brilliance in the ephemeral constructions; on the other hand, the Exhibition established itself in a zone till then not urbanized, where in the following decades there got up a spectacular neighborhood of bourgeois housings. Not less importantly it is that this exhibition has left an architectural permanent testimony in the city in the environment of the square of Los Sitios across a set of singular buildings: the Museum of Arts, the School of Arts and Trades and The Charity, testimony of this key epoch in the Aragonese capital.

* * * * *

Zaragoza, arquitectura y urbanismo en los años previos a la celebración de la exposición Hispano-Francesa de 1908

Resulta difícil aportar novedades de conjunto sobre un hecho arquitectónico de tan singular relevancia como fue la Exposición Hispano-Fran-

* Ascensión Hernández Martínez es Profesora Titular del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Especialista en arquitectura contemporánea y conservación y restauración del patrimonio cultural.

** María Pilar Poblador Muga es Profesora Titular del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Especialista en arquitectura contemporánea y conservación y gestión del patrimonio cultural.

cesa celebrada en Zaragoza en 1908, debido a los numerosos y valiosos estudios que, desde diferentes perspectivas, han ido contribuyendo al conocimiento de este periodo durante estos últimos años; por esta razón, hemos considerado oportuno que merecía interés, más allá de los trabajos puntuales que pueden consultarse¹, trazar una visión general que ayude a comprender su trascendencia histórica.

Desde esta perspectiva, la Exposición Hispano-Francesa debe vincularse al espíritu de celebración, característico de las últimas décadas del siglo XIX, que impulsa a la sociedad occidental a manifestar público elogio de los logros del progreso y el desarrollo tecnológico e industrial. Desde que Londres, en 1851, celebrara la primera exposición de carácter universal, toda ciudad que se preciara competía por la organización de exhibiciones internacionales, nacionales o regionales, de mayor o menor envergadura, como prestigioso escaparate del estado de los avances científicos, técnicos, industriales y culturales y, aprovechando la coyuntura favorable, paralelamente se promovía la realización de reformas que marcaron siempre un punto de inflexión en la arquitectura y el urbanismo de las urbes donde se desarrollaban. En este sentido la Exposición Hispano-Francesa refleja un espíritu de cambio y de fe en la modernidad, por tanto no fue un acontecimiento aislado ni casual, sino que surgió como consecuencia del anhelo de progreso y renovación latente en la capital aragonesa, impulsado por algunas personalidades de gran peso en la política y la industria zaragozana, encabezados por el empresario Basilio Paraíso, uno de los principales promotores del evento.

Sin duda alguna, se trata de un periodo apasionante de la historia local², en el que este acontecimiento ejerció de poderoso catalizador, permitiendo hacer realidad un anhelo de renovación que, desde las últimas décadas del siglo XIX, comenzaba a latir en la capital aragonesa, con el propósito de cerrar definitivamente las viejas heridas que en su caserío y en su patrimonio histórico había marcado la Guerra de la Independencia un siglo antes. Un periodo que coincide, en el plano puramente consi-

¹ Los estudios dedicados a este tema son numerosos, por lo que remitimos a las dos publicaciones más recientes donde se encuentra una abundante bibliografía: JIMÉNEZ ZORZO, F. J., MARTÍNEZ BUENAGA, I., MARTÍNEZ PRADES, J. A. y MARTÍNEZ VERÓN, J., *Aragón y las Exposiciones*, Zaragoza, Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2004, y VV. AA., *La modernidad y la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza en 1908*, [catálogo de la exposición, Zaragoza, Paraninfo, diciembre de 2004 a febrero de 2005], Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2004.

En cuanto a las fuentes bibliográficas sobre la Exposición puede consultarse: *Álbum Oficial Descriptivo: Exposición Hispano-Francesa*, Zaragoza, 1908, y PAMPLONA ESCUDERO, R., *Libro de Oro: Exposición Hispano-Francesa de 1908*, ed. oficial. Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1911.

² FORCADELL ÁLVAREZ, C., *Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada, 1998.

tructivo, con la convivencia de varias generaciones de destacados profesionales, algunos de los cuales se encontraban en plena madurez, mientras otros despuntaban con primeras obras de singular relevancia. Entre ellos destaca la figura de Ricardo Magdalena Tabuena³ (1849-1910), quien como arquitecto municipal de Zaragoza llevaba varias décadas a la cabeza de la edilicia aragonesa tanto por su papel como director de la Oficina Técnica de Construcciones del Consistorio, como por haber sido autor del diseño de las principales infraestructuras y equipamientos públicos necesarios para la modernización de la ciudad. Junto a él, Félix Navarro (1849-1911), más inquieto y viajero, pero también fundamental para comprender el panorama arquitectónico local. Este grupo se completaría con Fernando de Yarza (1841-1908), profesional perteneciente a una de las familias de arquitectos más antiguas de la ciudad. A la siguiente generación pertenecen Manuel Martínez de Ubago (1869-1906) y Luis de la Figuera (1869-1941) y dos brillantes hijos de los anteriores, José de Yarza y de Echenique (1876-1920), descendiente de Fernando de Yarza, y Miguel Ángel Navarro (1883-1956), digno sucesor de Félix Navarro, a los que se sumará el algo más joven Teodoro Ríos Balaguer (1887-1968). Figuras todas ellas de gran interés que conforman un rico panorama arquitectónico en el que domina una estética de decidida inspiración historicista, con el despunte de una escuela regionalista que se materializará en el neomudéjar y el neorrenacimiento como estilos más utilizados en las primeras décadas del siglo XX⁴, sin olvidar el modernismo, al que recurren de manera puntual casi todos los arquitectos, en especial los de las primeras generaciones, como respuesta a un fenómeno de moda vinculado —como veremos— en un primer momento a la ornamentación de locales comerciales y lugares de ocio, inmediatamente seguidos por algunas de las más destacadas viviendas de la burguesía zaragozana.

Estos profesionales, sobre todo los de las dos primeras generaciones, son los que tuvieron que dar respuesta a las necesidades surgidas a raíz del proceso de desarrollo urbanístico de la capital aragonesa, más rápido en las dos décadas finales del siglo XIX, cuando a la par que una progresiva industrialización vinculada al desarrollo de una industria agrícola, en particular la proliferación de la azucareras, impulsadas para la pro-

³ HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., *Vida y obra del arquitecto Ricardo Magdalena (1849-1910)*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones, Prensas Universitarias, 1999, [microficha: texto íntegro tesis doctoral], y HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., *Magdalena, Navarro y Mercadal*, Zaragoza, CAI, 1999.

⁴ Cfr.: BIEL IBÁÑEZ, M.³ P. y HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., *La arquitectura neomudéjar en Aragón*, Zaragoza, Rolde, 2006; POBLADOR MUGA, M.³ P., «La arquitectura regionalista en Aragón. Del regeneracionismo aragonesista al casticismo hispano», en *Actas de las IV Jornadas de Arquitectura y Regionalismo*, (7 al 9 de marzo de 2005), Córdoba, Universidad, Departamento de Historia del Arte, [en prensa].

ducción de este dulce condimento a partir de la remolacha, en sustitución de la caña de azúcar que antes provenía de Cuba, se incrementaba la población debido tanto al crecimiento demográfico como a la emigración interior, agravando las condiciones de vida en una ciudad con una fisonomía todavía no adaptada a las necesidades propias de una sociedad moderna. Así, a partir de la década de los setenta del siglo XIX se produjo un proceso de renovación de las infraestructuras urbanas que incluyeron la canalización del agua y del gas, con la erradicación de más de 15.000 pozos negros, la extensión del tranvía como sistema de transporte colectivo, junto con la construcción de puentes y estaciones de ferrocarril con el propósito de potenciar su estratégica situación como nudo de comunicaciones, para lo que se utilizará masivamente la fundición fortaleciendo el auge de la metalurgia local. Este desarrollo impulsará la transformación de la trama de la ciudad histórica, que se saneará a través de la apertura de vías más anchas a la par que se alineaban y regulaban tantas otras de tortuoso trazado medieval, añadiéndose nuevas zonas de ensanche donde la incipiente burguesía local construirá destacadas viviendas, emblemas de una nueva etapa en la historia local: la Zaragoza decimonónica.

En este sentido, resulta necesario retroceder en el tiempo y hacer alusión a dos exposiciones⁵ que, aunque mucho más modestas que la Hispano-Francesa, en su momento marcaron hitos en el proceso de cambio en el que se encontraba inmersa la ciudad desde mediados del siglo XIX. La primera, la Exposición Aragonesa, se celebró en 1868 en un espacio, la glorieta de Pignatelli (actual plaza de Aragón), que conllevó el inicio del proceso de urbanización de esta zona situada al sur del Salón de Santa Engracia (luego paseo de la Independencia), convirtiéndose tras su clausura en uno de los lugares más exclusivos, donde la alta burguesía zaragozana erigió singulares hotelitos de estilo ecléctico, de corte académico, siguiendo la estética marcada por el hermoso palacio, inspirado en un historicismo de tradición neoclásico, construido como nueva sede de la Capitanía General en 1892, que cerraba el flanco meridional de la plaza, mostrando la imagen más moderna y refinada ante vecinos y foráneos, ya que los viajeros procedentes de Madrid por ferrocarril, que llegaban a la estación del mismo nombre, accedían al interior de la ciudad por la puerta de Santa Engracia situada al extremo de esta plaza. Junto a estos hotelitos creció el elegante barrio de Canfranc, del que quedan algunos

⁵ GARCÍA GUATAS, M., «Zaragoza, vista a través de sus exposiciones», en *Zaragoza: visiones de una ciudad*, Zaragoza, Ayuntamiento, 2004, pp. 175-187.



Fig. 1. Matadero Municipal de Zaragoza. Arquitecto: Ricardo Magdalena Tabuena.



Fig. 2. Facultad de Medicina y Ciencias. Arquitecto: Ricardo Magdalena Tabuena.

interesantes testimonios todavía, erigidos en las nuevas calles de recto trazado en las que se levantaron viviendas destinadas al alquiler. A partir de este espacio y para establecer la conexión con la estación del ferrocarril, se urbanizaría a comienzos de siglo una vía importante conocida hasta hoy como paseo de Pamplona.

Aproximadamente dos décadas después se celebraba la Exposición Aragonesa de 1885, instalada en el nuevo Matadero Municipal de Zaragoza, obra del arquitecto Ricardo Magdalena (fig. 1). Este complejo edificatorio moderno y funcional de más de 25.000 m², constituyó un hito arquitectónico en su género⁶ y supuso un adelanto clave en la dotación de grandes infraestructuras básicas para la ciudad. Construido sobre la vía de conexión con el sur, en la carretera de Castellón, marcaba otra vía de crecimiento de la ciudad que se iría urbanizando progresivamente a comienzos del siglo XX.

Los equipamientos de la ciudad se completarían con la inauguración, en 1903, del Mercado Central, obra del arquitecto Félix Navarro⁷. Con este monumental y amplio edificio, la capital aragonesa se incorporaba a las ciudades que transformaban los espacios dedicados al comercio desde la edad media, utilizando para ello un material moderno y nuevo como era el hierro de fundición. Una nueva tipología que había nacido a partir de *Les Halles*, el gran mercado de París, y que en el caso español había sido seguido por todas las principales capitales españolas, con el propósito de mejorar las condiciones higiénicas y sanitarias de los alimentos perecederos.

Pocos años antes, en 1893, se había inaugurado otra monumental construcción que reforzaba el crecimiento de la ciudad hacia el sur, al lado del río Huerva. Se trata del edificio para Facultades de Medicina y Ciencias (fig. 2), obra de nuevo diseñada por Ricardo Magdalena, que situada en el campo de Lezcano, más allá de la glorieta de Pignatelli, iniciaba el proceso de urbanización de lo que en el siglo XX se conocería como Gran Vía. Este edificio, hoy conocido como Paraninfo, conoció un gran éxito de público desde su misma inauguración, convirtiéndose no sólo en el símbolo de una institución antigua y prestigiosa, la Universidad de Zaragoza, sino también en el emblema de la recuperación de la

⁶ HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., «¿Conservamos o destruimos el patrimonio industrial? El caso del Matadero Municipal de Zaragoza (1888-1999)», *Artigrama*, 14, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 1999, pp. 157-182.

⁷ VV.AA., *Félix Navarro 1849-1911. La dualidad audaz*, [catálogo de la exposición, Zaragoza, Centenario del Mercado Central, palacio de los Torreros, 9 mayo a 20 de junio de 2003], Zaragoza, Colegio de Arquitectos de Aragón, Delegación de Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, Asociación de Detallistas del Mercado de Lanuza, Caja Rural de Aragón, 2003.

arquitectura aragonesa, ya que las formas y estilos desarrollados por Magdalena (entre ellos la recuperación del ladrillo a cara vista, la inspiración en las formas del renacimiento aragonés y la utilización del mudéjar para muchos de los detalles decorativos), abrieron la puerta a un proceso de renovación en el que muchos arquitectos se verían reflejados durante décadas, mediante una estética que encajaba con las propuestas del regeneracionismo de Joaquín Costa⁸.

Entrado el siglo XX, el progreso de crecimiento de la ciudad condujo a la necesaria planificación de ensanches urbanísticos que, de nuevo, fueron realizados por Ricardo Magdalena como arquitecto municipal⁹. Proyectos como los de la urbanización de la Huerta de Santa Engracia (1899 y 1900) o del paseo de Sagasta¹⁰ (1900), cuyo objetivo era sentar las bases para la construcción de barrios residenciales y lujosos para la burguesía más acomodada de la ciudad, de acuerdo con el modelo urbanístico del ensanche barcelonés ideado por Ildefonso Cerdá, muy imitado en la época. A pesar de que la materialización de los proyectos no siempre fue rápida, como en el caso de la Huerta de Santa Engracia en cuyos terrenos se situaría la Exposición Hispano-Francesa, lo cierto es que en estos momentos se trazaron las bases de las principales líneas de crecimiento de la ciudad hasta bien mediado la pasada centuria.

El ambiente cultural y la imagen de la ciudad

Como hemos ya mencionado, la Exposición Hispano-Francesa no es un evento excepcional desde el punto de vista internacional, ni tampoco es la primera exhibición que se realiza en España, de hecho en Aragón ya se habían celebrado dos muestras anteriores, si bien de carácter regional. Sin embargo, sí es inusual el hecho de que se celebre con el propósito de conmemorar un acontecimiento histórico, la Guerra de la Independencia, y en concreto la celebración de los Sitios de 1808 y 1809, cuando la ciudad se enfrentó al asedio de las tropas napoleónicas. Cien años después de esta heroica gesta para los habitantes de la ciudad, Zara-

⁸ HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., *Ricardo Magdalena. Cien años de historiografía sobre arquitectura aragonesa*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998.

⁹ HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., «La figura del arquitecto municipal en la España de fin de siglo: las intervenciones urbanísticas de Ricardo Magdalena en Zaragoza (1876-1910)», en *Bienal de Arquitectura y Urbanismo en Zaragoza. Experimenta. Edición I*, [celebrada en Zaragoza, enero 1992], Madrid, Electa España, 1993, pp. 276-293.

¹⁰ HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., «La planificación urbana en Zaragoza a comienzos del siglo XX: la apertura del Paseo Sagasta», *Artígrama*, 8-9, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 1991-1992, pp. 563-565.

goza va a utilizar este evento como pretexto para la celebración de una muestra de carácter internacional con el propósito de reforzar la relación con Francia, algo muy acorde con la política regeneracionista impulsora, entre otros asuntos, de la apertura de la línea ferroviaria del Canfranc, a la vez que permitía presentar el desarrollo cultural y económico, industrial y artesanal local con mayor magnificencia que en las precedentes ocasiones, superando incluso los límites de Aragón. El elevado número de participantes así lo confirmaría, con la nutrida presencia de muchos expositores provenientes sobre todo de Cataluña. Por otro lado, la Exposición confirmaba el proceso de modernización que se había puesto marcha décadas atrás, por lo que podría considerarse como el hito que cierra el siglo XIX y da paso al siglo XX, ya que la década de 1900 a 1910 todavía se encontraba más cercana a la centuria anterior que a los cambios que se producirán en los años siguientes.

En el ámbito artístico, la Exposición ha sido presentada como el triunfo definitivo de la arquitectura modernista en nuestra ciudad. Así fue, pero esto no quiere decir que antes no se hubieran producido interesantes obras en este estilo como la reforma de la vivienda situada en la calle de Alfonso I núm. 2 en 1902 esquina al Coso, según proyecto del arquitecto Fernando de Yarza, o la espectacular construcción de la vivienda de Julio Juncosa en el paseo de Sagasta núm. 11, levantada entre 1903 y 1906, obra clave del estilo en la capital aragonesa, al constituir un referente para otras viviendas construidas por aquellos años¹¹. En ella, además, se revela la influencia de la obra del gran arquitecto del modernismo francés Hector Guimard, una cuestión que va más allá de lo puramente anecdótico, puesto que como más adelante comentaremos constituirá un referente continuo para la capital aragonesa. En este caso concreto, el interior del portal de la casa Juncosa se adorna con un original arco de triple luz muy semejante al que en París levantó este archi-

¹¹ Sobre la autoría de esta vivienda se ha planteado un interesante debate, ya que los planos fueron firmados por el joven arquitecto José de Yarza y de Echenique, pero la obra se atribuyó en todos los medios de prensa a Ricardo Magdalena. Las últimas hipótesis, basadas en el análisis de las fuentes, apuntan a que quizás se trate de una obra en colaboración entre ambos arquitectos. De hecho, Ricardo Magdalena además de ser arquitecto municipal tenía una empresa de construcción, conocida como el *Centro Técnico Industrial*, como se refleja en anuncios publicados en la prensa local de la época, ofreciendo sus servicios profesionales para la realización de proyectos de arquitectura e ingeniería, así como para la construcción de toda clase de obras, entre otras actividades, con sede en el Coso núm. 39 [en *Heraldo de Aragón*, (Zaragoza, 18-X-1903)]. Además, ambos profesionales colaboraban por aquellas fechas en las tareas constructivas del templo de Ntra. Sra. del Pilar y, lejos de entenderse como asunto de rivalidad profesional, la admiración de Yarza hacia su predecesor en el cargo de arquitecto municipal, años después, se manifestará con toda nitidez al colocar a Magdalena entre la galería de retratos de hombres ilustres aragoneses esculpida en la portada del Colegio Gascón y Marín (1915-1917), entre los que figuran Goya o Forment, como modelos a seguir por las futuras generaciones.

tecto en el edificio de viviendas conocido como castel Bèranger, ganador del primer premio del concurso de fachadas de 1897 y 1898¹².

Unas obras que fueron posibles, además, porque años atrás se habían creado instituciones decisivas como la Escuela de Artes y Oficios, dirigida durante años por Ricardo Magdalena, que inició su andadura en el curso 1895/1896¹³. Una institución docente inspirada en el movimiento *Arts & Crafts* que unos años antes había nacido en Gran Bretaña y que supondrá un impulso determinante para la formación de mano de obra especializada para la industria zaragozana en el campo del diseño. No sólo enriqueció el panorama artístico y cultural de la ciudad, sino que contribuyó a mejorar notablemente la calidad de todas las producciones artesanales y fabriles, como la producción de vidrieras, ebanistería, forja y fundición, pavimentos de baldosa hidráulica o tarimas de madera, piedra artificial y vaciados en yeso, entre otros detalles ornamentales que contribuirán al ornato de los edificios, haciendo de sus espacios todo un deleite para los sentidos, decorando las nuevas viviendas y los establecimientos públicos de acuerdo con la moda que triunfaba en las más modernas y destacadas ciudades europeas, como París, Viena o Bruselas, y españolas, sobre todo como Barcelona.

Precisamente, el modernismo con sus diseños atrevidos e innovadores nace en pleno corazón de la ciudad con la reforma en 1900 de un concurrido establecimiento, el *Café Oriental*, situado en la plaza de España, por aquel entonces conocida como de la Constitución, concretamente en el núm. 39 del Coso esquina a la calle de Cinegio, en la entrada del popular Tubo. El proyecto en el que se describe el diseño de su portada de madera, mediante líneas orgánicas y fluidas, se conserva en el Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ) y es considerado la primera obra arquitectónica de la que existe constancia documental. Paralelamente, el mismo año, los hermanos Fantoba presentaban la solicitud para la decoración exterior de su confitería de la calle de don Jaime I núm. 21, conocida como *La Flor del Almíbar*, aunque en este caso se siga otra tendencia, la historicista inspirada en lo neoeipicio, dirigida por Ricardo Magdalena Tabuena¹⁴. De tal manera que la ornamentación de ambos locales puede

¹² POBLADOR MUGA, M.ª P., *La arquitectura modernista en Zaragoza*, Zaragoza, Universidad, Servicio de Publicaciones, Prensas Universitarias, 2003, [CD-Rom: texto íntegro tesis doctoral].

¹³ VV.AA., *Centenario de la Escuela de Artes y Oficios de Zaragoza*, [catálogo de la exposición, Zaragoza, 9 noviembre a 18 diciembre de 1995], Zaragoza, Delegación Provincial del Ministerio de Educación y Ciencia, Escuela de Arte, 1995.

¹⁴ HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A. y HERNANDO SEBASTIÁN, P. L., «Entre lotos y papiros: El estilo neoeipicio en Zaragoza», *Artigrama*, 11, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 1994-1995, pp. 451-470. Aunque la portada es de 1900, su decoración interior data de

servir como testimonio de esa búsqueda de una nueva arquitectura y de la convivencia de diversos estilos, que compartían el propósito de servir de emblema de una naciente era, la de la modernidad y el progreso, una búsqueda en la que los profesionales de la construcción se veían inmersos desde mediados del siglo XIX, como consecuencia directa de los cambios técnicos, con la aparición de nuevos materiales y sistemas constructivos, producidos por la revolución industrial, como había propuesto el gran arquitecto catalán Luis Doménech y Montaner en su famoso artículo «En busca de una arquitectura nacional», publicado en 1878 en la revista *La Renaixença*.

Unos estilos que eran ensayados en la decoración de algunos establecimientos públicos y en especial de algunos emblemáticos cafés que interesa rescatar del olvido, ya que de ellos poco nos ha quedado; no sólo porque fueron el lugar de las tertulias frecuentadas por artistas, eruditos y políticos, contribuyendo a caldear este receptivo ambiente cultural, sino porque sirvieron para confirmar las más atrevidas propuestas artísticas. Unas veces con un aire ecléctico como el *Ambos Mundos*, que no sólo destacaba por su esmerada decoración sino por sus espectaculares dimensiones, considerado como el más grande de Europa al ocupar el local de dos plantas que se extendía por toda una manzana bajo el edificio ubicado en el paseo de la Independencia frente al teatro Pignatelli, o como el emblemático *Gambrinus*, en la plaza de España. En otras ocasiones fueron los atrevidos diseños modernistas los que con el desenfado de sus prolíficas decoraciones, imagen distintiva de la *Belle Époque*, triunfantes en otras grandes ciudades europeas, unas más alejadas como París o Viena y otras más próximas como Barcelona, también tuvieron su réplica en la capital aragonesa. A pesar de haber desaparecido con el tiempo, conservamos algunos de ellos preservados en imágenes fotográficas que han perpetuado su recuerdo, como el tan frecuentado *Café Moderno*, también restaurante al que a menudo acudían músicos destacados, en la esquina de la calle de Alfonso I núm. 1 con el Coso. Su céntrica ubicación le permitió servir de fondo de numerosas instantáneas, aunque es su interior, captado por Coyne (fig. 3), el que nos permite apreciar en detalle sus decoraciones modernistas de temática vegetal y diseño fluido, concentradas en el mostrador de madera, en las escayolas de los techos y en las esculturas femeninas que

1888 y fue realizada, bajo la dirección de Magdalena, por el carpintero Ezequiel González y el pintor Navarro, mientras que los vidrios fueron fabricados en *La Veneciana*, la empresa propiedad de Basilio Paraíso, el que será el principal impulsor de la Exposición Hispano-Francesa, como ya se ha comentado.

adornaban las paredes, a cuyas sensuales formas se adaptaban los plegados de sus vestidos.

Con la llegada del nuevo siglo la celebración de la gran Exposición Universal de París de 1900 tuvo su eco en la capital aragonesa, como así quedó reflejado en la crónica que sobre su inauguración publicó el arquitecto madrileño Lorenzo Álvarez Capra, corresponsal del *Heraldo de Madrid* y reproducida en el mismo periódico el 16 de abril de 1900, demostrando el interés por buscar una arquitectura moderna que proporcionara un nuevo estilo, un «arte decorativo» que permitiera «vestir y enriquecer extraordinariamente la soberbia estructura del hierro». Realmente, a pesar de lo que en un primer momento pudiera parecer, el *Art Nouveau* no triunfó en las construcciones erigidas para tal evento en la ciudad del Sena, más bien quedó relegado a algunos pabellones provisionales de carácter muy secundario, al optarse por todo un repertorio inspirado en las más exóticas y atrevidas propuestas historicistas, inspiradas en la edificación del pasado; sin embargo, curiosamente el restaurante *Le Belle Meunière* del arquitecto Guillaume Tronchet (fig. 4), que en realidad no fue más que una de las muchas construcciones secundarias erigidas, presentará una extraordinaria similitud con el diseño de la portada para un bar zaragozano en el Coso núm. 33, inmediato a la plaza de la Constitución y muy próximo al mencionado *Café Oriental*. Esta obra nunca se llegó a ejecutar, pero el plano que se adjunta a su licencia (fig. 5), presentada en marzo de 1901 y conservado en el AMZ, aunque concebido con gran fluidez lineal y simplificación decorativa, permite comprobar una cierta semejanza en el trazado de los dos arcos ultrasemicirculares del acceso con obras como el mencionado restaurante erigido en la capital francesa, muy relacionados con la arquitectura que en Bruselas erigían profesionales de la talla de Paul Hankar o Victor Horta. Un proyecto concebido por un joven ingeniero llamado Manuel Isasi Isasmendi, que curiosamente, además de ser copropietario de este negocio con Emilio Soterías, un influyente personaje de la Zaragoza de aquellos años que por aquellos años ocupaba el cargo de concejal del Consistorio, también era propietario de una empresa de yesos en el paseo de Sagasta.

Esta influencia de París y concretamente de la arquitectura erigida en la ciudad, más que de la Exposición Universal, se dejará sentir en varias obras zaragozanas. Baste recordar uno de los tres arcos de entrada erigidos en el paseo de la Independencia en 1903, concretamente el encargado por de la Real Maestranza de Caballería, nuevamente obra del mismo ingeniero Manuel Isasi Isasmendi, levantado con motivo de la visita de Alfonso XIII, que mimetiza en su remate hasta el mínimo detalle del



Fig. 3. Interior del café Moderno, ubicado en la calle Alfonso I, núm. 1, esquina al Coso.

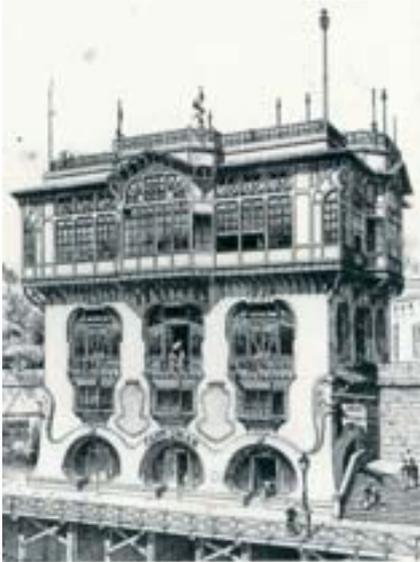


Fig. 4. Proyecto para el restaurante Le Belle Meunière del arquitecto Guillaume Tronchet, para la Exposición Universal de París de 1900.

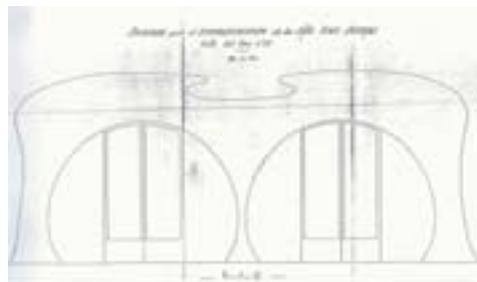


Fig. 5. Proyecto para un bar (no ejecutado), propiedad de Manuel Isasi Isasmendi y Emilio Soteras, para el Coso, núm. 33, en el año 1902. AMZ.

diseño de las barandillas que para las bocas del Metro que Hector Guimard había trazado a partir 1900, confirmando nuevamente la fuente de donde provienen estas influencias¹⁵.

La capital francesa, de hecho, se va a convertir a comienzos de siglo en un referente permanente en el diseño de algunos establecimientos hoy olvidados como el modernista *Nuevo Café de París*¹⁶, ubicado en los bajos del palacio de Sástago, en el núm. 56 del Coso, diseñado entre 1909 y 1910 por el arquitecto tarraconense Ramón Salas y Ricomá. Este café evocaba ya en su propio nombre a la mítica ciudad del Sena, en aquellos momentos el referente obligado para el mundo de la cultura y de la intelectualidad, de la moda, de las exposiciones universales y, sobre todo, del arte y de los avances científico-técnicos. Incluso en la misma capital francesa existió un *Café de París* (1899), no conservado en la actualidad, que estaba situado en la avenida de la Opera núm. 41, cuya instalación fue realizada por los arquitectos Louis Majorelle y Henri Sauvage, fusionando el mobiliario con la decoración mural plenamente modernista¹⁷.

También el aspecto de la portada del *Palacio de la Ilusión*, el primer cinematógrafo estable de Zaragoza, situado en la calle de los Estébanes, recordaba el aspecto del pabellón que el arquitecto Henri Sauvage había construido dentro del recinto de la Exposición para la famosa bailarina Loïe Fuller, musa del *Art Nouveau*, con su portada en forma de cortina en pabellón, ligeramente drapeada sobre la puerta de acceso. Conocida, precisamente, por bailar sobre el escenario siguiendo sofisticadas

¹⁵ Sobre el tema de las arquitectura provisionales en la Zaragoza de comienzos del siglo XX, véase HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A. y POBLADOR MUGA, M.^ª P., «Arquitectura efímera y fiesta en la Zaragoza de la transición del siglo XIX al XX», *Artígrama*, 19, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 2004, pp. 155-195; HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., *Vida y obra del arquitecto Ricardo Magdalena...*, *op. cit.*, cap. VI, «Arquitecturas efímeras y escenografías urbanas»; POBLADOR MUGA, M.^ª P., «Arquitecturas efímeras en la Zaragoza de comienzos del siglo XX», en *Actas del Segundo Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, (La Coruña, 22 al 24 de octubre de 1998), La Coruña, Universidad, Sociedad Española de Historia de la Construcción, Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX), M.^º de Fomento, Instituto Juan de Herrera (Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid), 1998, (Col. Textos sobre Teoría e Historia de la Construcción), pp. 397-407; POBLADOR MUGA, M.^ª P., «En los albores del siglo XX: la arquitectura modernista en Zaragoza y el ambiente de progreso y renovación que acompañó a la Exposición Hispano-Francesa de 1908», en VV.AA., *La modernidad y la Exposición Hispano-Francesa...*, *op. cit.*, pp. 97-119.

¹⁶ Sobre la reforma modernista de este establecimiento, en el que probablemente intervino el catalán Ramón Salas y Ricomá, arquitecto provincial de Tarragona y amigo de Ricardo Magdalena, autor de otras obras modernistas en la capital aragonesa, véase POBLADOR MUGA, M.^ª P., «La obra modernista de del arquitecto tarraconense Ramón Salas y Ricomá (1848-1926) en Zaragoza», *Artígrama*, 12, Zaragoza, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, 1996-1997, pp. 519-541.

¹⁷ Un comentario y una descripción del modernista y desaparecido Café de París de la capital francesa se encuentran en el libro BORSI, F. y GODOLI, E., *Paris Art Nouveau: Architecture et Décoration*, Paris, Marc Vokar Editeur, 1976, (Europe 1900) p. 174.

coreografías y luciendo un peculiar vestuario, con finos velos que se movían como las alas de una mariposa, combinado una luminotecnia para crear efectos especiales, mediante reflectores emisores de una luz multicolor, muy relacionados también con el mundo del cinematógrafo, en busca de una obra de arte total y dentro de un concepto totalmente innovador. Una manera de bailar que tuvo su reflejo en la Zaragoza de la época en espectáculos tan curiosos como el ofrecido por el Café y Terraza de Torrero, un popular merendero a orillas del Canal Imperial, junto a la popular playa del Canal Imperial, como así se anunciaba en el *Heraldo de Aragón* en octubre de 1905, en el que una bailarina conocida como la Señorita Luz representaba una función titulada «*La muñeca eléctrica*».

Por tanto, el modernismo triunfó en la decoración de cafés, restaurantes, cinematógrafos y salas de espectáculo debido a la espectacularidad y libertad de sus propuestas ornamentales, que servían de efectivo reclamo para el público. De tal manera que Zaragoza también tuvo su salón de variedades *Parisiana*, de cuya portada el AMZ conserva el trazado modernista concebido por el arquitecto Félix Navarro en 1910, evocando en este caso no el aspecto exterior sino más bien el nombre de la famosa sala de espectáculos de la capital francesa, situada en el 27 del boulevard Poissonnière, realizado dentro de un gran barroquismo por el arquitecto Edouard Niermans. También estar *a la page* será uno de los reclamos más reiterados por los comercios, así en la fachada de las famosas mercerías *La Parisiën* y *Bellostas*, que en 1911 reforman la portada de sus respectivos establecimientos de la calle de Alfonso I, se colocan sendos carteles informando sobre la procedencia de sus productos importados de París y de Berlín. Mientras en los artículos de la sección «Novedades» del *Heraldo de Aragón* firmado bajo el pseudónimo de *Mme. Chrysanthème*, siguiendo el más puro gusto modernista, en la columna se ponía «al día» a sus lectoras sobre las últimas tendencias de la moda parisiense. El mimetismo con la capital francesa se plasma incluso en los nombres de ciertas zonas de la ciudad como los *Campos Elíseos*, en el espacio de confluencia entre el naciente paseo de Sagasta y la futura Gran Vía, donde se instala un velódromo (1896) —nombre del que todavía queda el recuerdo del actual cine y restaurante *Elíseos*— o en la pastelería y tienda de «ultramarinos finos», como así se anunciaba en 1905, conocida como *La Maison Dorée* situada en el paseo de Sagasta núm. 5.

La arquitectura de la Exposición Hispano-Francesa de 1908

Desde un enfoque biográfico, puede decirse que la celebración del Centenario de los Sitios con la Exposición Hispano-Francesa de 1908 fue la culminación profesional de dos arquitectos en plena madurez como Ricardo Magdalena y Félix Navarro. Aunque no fueron los únicos profesionales zaragozanos en intervenir, en particular Magdalena debe ser considerado el auténtico protagonista del evento al ser nombrado director de las obras, cargo desde el que se encargó de coordinar tanto a los técnicos intervinientes como al conjunto de las construcciones erigidas, así como del control de todo lo relacionado con aspectos de ornato como el monumento a los Sitios diseñado por Agustín Querol y otras piezas conmemorativas para el evento. Fue, además, el arquitecto que más edificios diseñó en el conjunto de la muestra. No es de extrañar, por tanto, que la prensa y la opinión pública del momento reconocieran su labor, calificando al recinto como «la bella ciudad de Magdalena».

Las construcciones iban a ser de dos tipos: definitivas, destinadas a desempeñar unas funciones que ya estaban pensadas antes de su diseño (los edificios de la Caridad, el Museo de Bellas Artes y la Escuela de Artes y Oficios) y provisionales, pabellones realizados en materiales ligeros (madera, yeso y adobe) que sólo permanecerían en pie desde mayo a diciembre de 1908, cumpliendo funciones diversas (café-restaurant, teatro, espacios de exposición de productos industriales, etc.).

¿Qué aspecto tendría esta ciudad de efímera vida? Situada en una zona de huertas propiedad de varios conventos (Santa Engracia, Santa Catalina y Jerusalén), entre la calle San Miguel, el paseo Independencia, la iglesia de Santa Engracia y el río Huerva, una zona todavía en aquel momento sin urbanizar a pesar de los diversos intentos realizados por el Ayuntamiento zaragozano, la Exposición era un variopinto conjunto de construcciones donde convivían, como en un ferial, pequeños pabellones publicitarios de empresas, pabellones grandes como el del gobierno francés y edificios monumentales como el Museo. Entre los realizados por Magdalena, debe destacarse la utilización de dos estilos diferentes: por un lado, el modernista, más festivo y a la moda del momento, estaba presente en las construcciones provisionales, como por ejemplo el Gran Casino de la Exposición; y por otro, el ecléctico de inspiración historicista, que fue el estilo de los edificios permanentes, en especial del Museo de Bellas Artes, donde Ricardo Magdalena (en colaboración con Julio Bravo) reinterpretaba de nuevo la arquitectura del renacimiento aragonés y sus elementos característicos (gran alero de madera, galería de arquillos de medio punto como elemento de remate en la fachada y fábrica de ladrillo a cara

vista), con una composición de tres cuerpos avanzando sobre dos alas retranqueadas, que básicamente remitía a los modelos canónicos de la *École de Beaux Arts* de París, ya ensayada en la disposición de la fachada del edificio para Facultades de Medicina y Ciencias. Un gran patio abierto al interior del museo, servía como fuente de iluminación de las salas, a la vez que constituía una cita casi filológica, sino fuera por sus grandes dimensiones, de los patios característicos de los palacios aragoneses.

La fluida y exquisita utilización de las formas modernistas por Magdalena, en particular en el caso del Gran Casino (fig. 6), pone de manifiesto que el arquitecto, pese a su sólida formación academicista y al marcado corte ecléctico de su producción arquitectónica, estaba acostumbrado a este estilo como muestran obras suyas anteriores: el cinematógrafo *Palacio de la Ilusión* (1905) y el bellísimo quiosco de la música del bulevar de San Sebastián (1908). A pesar de ello podría parecer marginal la inclinación de este arquitecto al modernismo, máxime si pensamos que las obras más significativas de este estilo las realizó próximo a los sesenta años y tras una larga trayectoria profesional en la que cultivó un estilo más austero y sencillo como el de los edificios del Matadero o de las Facultades de Medicina y Ciencias. Sin embargo, su deseo de integrar las artes industriales en la arquitectura y su gusto por los detalles y los motivos vegetales propiciaron la adopción de esta nueva corriente estilística, más cercana por formación y edad a arquitectos jóvenes como José de Yarza Echenique, una evolución continua que refleja un enorme bagaje profesional y un anhelo por la incesante búsqueda de una arquitectura moderna, propia de los hombres de su generación, como así también sucede en el caso de otro nombre destacado, el catalán Luis Doménech y Montaner.

De hecho, Luis Doménech y Montaner, el gran arquitecto barcelonés con quien Magdalena compartió sus años de estudiantes en la Escuela de Arquitectura de Madrid, influyó en el diseño de los pabellones provisionales dedicado a la Alimentación, los dos gemelos de Maquinaria y Tracción y en el Gran Casino construidos para la Hispano-Francesa, detectándose su huella sobre todo en los ornamentos florales, que habían sido ya ensayados unos años antes por el arquitecto zaragozano en obras como el espectacular castillo provisional levantado con motivo de las fiestas del Pilar de 1904, en la céntrica plaza de España. Inicialmente pensado para un simulacro de incendio que debía extinguir el cuerpo municipal de bomberos, finalmente fue utilizado para una exhibición pirotécnica, para evitar que el incendio provocado afectara dada su proximidad al recién inaugurado monumento a los Mártires, obra del escultor Agustín Querol, que acababa de ser donado a la ciudad por la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Una obra efímera que casi fue una

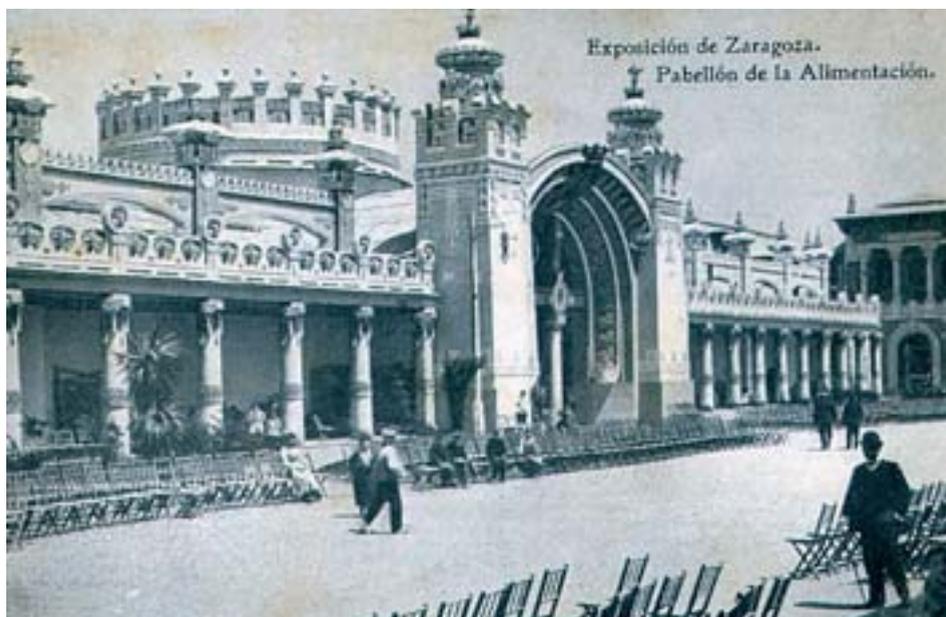


Fig. 6. Exposición Hispano-Francesa de 1908. Pabellón Central o de la Alimentación.



Fig. 7. Exposición Regional Valenciana de 1909. Gran Casino.

réplica en madera y cartón del espectacular restaurante neogótico que para la Exposición Internacional de Barcelona de 1888 levantó Doménech y Montaner, conservado en el parque de la Ciudadela y que, conocido como el *Castell dels Tres Dragons*, se dedicó a escuela para la enseñanza de las artes decorativas, dirigida el propio arquitecto catalán; otra curiosa coincidencia, por cierto, dado que Magdalena también era el director de la Escuela de Artes y Oficios de Zaragoza.

La novedad de las propuestas ornamentales del modernismo floral de Luis Doménech y Montaner en obras como la casa Lleó Morera del barcelonés paseo de Gracia o el Palau de la Música Catalana, fueron inmediatamente recogidas por Magdalena para el diseño de sus pabellones provisionales y contrastan con la concepción estilística de otras edificaciones similares que por aquellos años se erigieron en el resto de España, donde el modernismo quedaba restringido a algunos detalles puntuales; sirvan como por ejemplo las construcciones efímeras y el Casino levantados con motivo de la Exposición Regional Valenciana (fig. 7) celebrada al año siguiente, en 1909, en la ciudad del Turia, concebidos dentro de un eclecticismo barroquizante de gran empaque, de corte más academicista, acompañado de pequeños detalles modernistas.

Una de las piezas más sobresalientes de la Exposición Hispano-Francesa fue, sin lugar a dudas, el espectacular quiosco de la Música diseñado por los hermanos Manuel y José Martínez de Ubago y Lizárraga¹⁸, considerado como uno de los más destacados del modernismo español, que fue erigido en el centro del recinto expositivo. Esta obra se inspiraba claramente en las marquesinas de vidrio que Hector Guimard había diseñado para las bocas del Metro de París, lo que pone de nuevo en evidencia la profunda huella de su influencia en la capital aragonesa. De hecho, también servirá como fuente de inspiración para el modelo, finalmente no ejecutado, de puesto o quiosco para la venta de flores en el paseo de la Independencia, esbozado por José de Yarza en 1914 en calidad de arquitecto municipal¹⁹.

Además de París y Barcelona, Viena y más concretamente la Sección vienesa, con la característica decoración de cintas paralelas y colgantes y su modernismo geometrizable, dejó su huella en otras cons-

¹⁸ PANO GRACIA, J. L. y MARCO FOZ, J. C., *El kiosco de la música de Zaragoza*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002.

¹⁹ MARTÍNEZ HERRANZ, A., «Una aproximación a la imagen urbana de Zaragoza: Instalaciones comerciales, arquitectura para el ocio y amueblamiento urbano (1875-1936)», en *Bienal de Arquitectura y Urbanismo de Zaragoza: Experimenta Edición I*, [celebrada en Zaragoza, enero 1992], Madrid, Electa, 1993, cap. «Urbanismo contemporáneo español», pp. 294-311; POBLADOR MUGA, M.^a P., *La arquitectura modernista en Zaragoza...*, *op. cit.*

trucciones efímeras de la Exposición como el pabellón Mariano del arquitecto catalán José María Pericás o el gran arco de acceso al recinto (de nuevo diseñado por Magdalena), patrocinado por Eléctricas Reunidas de Zaragoza, cuyo frente fue adornado, junto a la luz de sus bombillas, con imágenes de mujeres de sensuales vestiduras y coronas en actitud victoriosa, al modo de arquitectos como Otto Wagner o Josef Hoffman.

Tras la exposición Hispano-Francesa

La Exposición Hispano-Francesa supuso la confirmación de este anhelo de renovación y progreso de la sociedad aragonesa, y por tanto un brillante capítulo de un proyecto que ya había sido iniciado y había comenzado a dar sus frutos décadas atrás. Permitió, además de celebrar con entusiasmo un acontecimiento histórico heroico para la capital aragonesa, renovar urbanísticamente una céntrica zona de la ciudad que había quedado sin salida al paseo de la Independencia y que se iría levantando en las décadas de los veinte y treinta del siglo pasado, destacando en ella singulares edificaciones como el Gran Hotel (Antonio Rubio, 1928) o la Caja Nacional de Previsión (Regino y José Borobio, 1931), entre otras. Al mismo tiempo, la Exposición consiguió dotar a la capital aragonesa de una serie de instalaciones permanentes necesarias para potenciar su progreso: en primer lugar, un nuevo Museo para exhibir con decoro las colecciones procedentes de la Desamortización que se deterioraban almacenadas en el antiguo convento de la Trinidad; a continuación, una nueva sede para la Escuela de Artes y Oficios (fig. 8), hasta entonces provisionalmente instalada en los semisótanos de la moderna Facultad de Medicina y Ciencias, donde se utilizaban como espacios docentes unas aulas poco adecuadas a las necesidades de ventilación acordes con las teorías higiénico-sanitarias del momento; en tercer lugar, un nuevo edificio para la institución municipal de La Caridad, sumándose a todo ello un quiosco de la música indispensable en todas las ciudades europeas más destacadas para el disfrute y esparcimiento ciudadano. Es decir, equipamientos que cubrían necesidades básicas para una sociedad desarrollada a comienzos del siglo XX: el arte y la cultura, la enseñanza, la música y la atención benéfica a los más desfavorecidos.

Desde el punto de vista estético, la Exposición Hispano-Francesa puede definirse como la cumbre de un estilo, el modernismo, que había llegado tardíamente a Zaragoza, pero al mismo tiempo supone la consagración del regionalismo a través del Museo de Bellas Artes, un edificio calificado por la prensa de la época como «un ejemplo más de nuestra



*Fig. 8. Exposición Hispano-Francesa de 1908. Escuela de Artes y Oficios.
Arquitecto: Félix Navarro.*



*Fig. 9. Casa de Emerenciano García Sánchez en el paseo de Sagasta.
Arquitecto: Manuel Martínez de Ubago. Proyecto: 1909.*

clásica escuela regional», una tendencia desarrollada con mayor o menor fortuna en obras posteriores como el Colegio Gascón y Marín (José de Yarza Echenique, 1915), el edificio de Correos (Antonio Rubio Marín, 1925) o el Ayuntamiento de Zaragoza (1946-1965, Alberto Acha Urioste, Ricardo Magdalena Gayan y Mariano Nasarre Audera).

Arquitectos y arquitectura que contribuirán a transformar la imagen de una ciudad, que a finales del siglo XIX había optado por una decoración ecléctica más discreta como adorno de una arquitectura tradicional, como se muestra en las viviendas que se erigen tras la apertura de la calle de Alfonso I o en el Salón de Santa Engracia. Después de 1908, la arquitectura residencial zaragozana se orienta en general hacia un estilo más arriesgado y renovador, detectándose una mayor valentía en la envergadura de algunas propuestas, especialmente aquellas vinculadas a personalidades locales de cierto prestigio como Emerenciano García Sánchez (fig. 9), quien fue presidente de la Diputación de Zaragoza en 1913 y desde 1917 del Banco Zaragozano, cuya casa en el paseo de Sagasta fue proyectada por Manuel Martínez de Ubago en 1909. Esta vivienda, brutalmente demolida en 1976, presentaba algunas características propias de la arquitectura modernista catalana, incluyendo algunos detalles de influencia gaudiniana como el arco catenario que se situaba sobre su acceso y el cupulín que adornó durante un tiempo a modo de remate su mirador en esquina, acentuando una valiente composición asimétrica. Otras obras decisivas en este estilo que enriquecerán el panorama artístico de la ciudad fueron la reforma de la fachada del Centro Mercantil, Industrial y Agrícola, diseñada en 1911 por Francisco Albiñana Corralé o la casa de Carlos Palao, nuevamente en el paseo de Sagasta, de Miguel Ángel Navarro.

Una arquitectura no siempre bien entendida, incluso por algunas voces críticas contemporáneas que calificaban a sus ornamentos de «tenías furibundas» y «excesos», pero que fue el emblema de una sociedad y una época tan cercana como a veces desconocida. A este sentimiento de desprecio contribuiría decisivamente el Movimiento Moderno tras la Primera Guerra Mundial, al defender una arquitectura más desornamentada y funcional.

Un futuro incierto para el legado de la Exposición

De la Exposición Hispano-Francesa quedan hoy numerosas imágenes que nos evocan un momento feliz y exultante de Zaragoza, cuando la fe en el progreso y el desarrollo científico, técnico, cultural y social lle-

naban la sociedad de la época. De ella restan en pie hoy tan sólo los edificios permanentes, que constituyen un conjunto único en la historia de la arquitectura y el urbanismo de nuestra ciudad, tanto por ser obra de dos grandes arquitectos locales (Ricardo Magdalena y Félix Navarro), como por estar ligados a un acontecimiento histórico que supuso un hito urbanístico de primer orden en el crecimiento de la capital aragonesa. La Escuela de Artes, el Museo de Zaragoza y La Caridad, como hitos recordatorios de dicho evento, son edificios deberían ser conservados y restaurados con los fines para los que fueron diseñados, y difundido su conocimiento entre ciudadanos y visitantes, pero si siguen adelante los planes de la actual Consejería de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón, puede que no sea así. Con la puesta en marcha del proyecto «Espacio Goya» y la ampliación del Museo de Artes de Zaragoza hacia el edificio vecino de la Escuela de Artes, se ha pretendido unificar dos construcciones concebidas desde su origen como edificios separados con funciones distintas. A tal fin se convocó en 2006 un proyecto internacional restringido, ganado por el equipo de arquitectos suizos Herzog y De Meuron, que plantean una gran escalera de conexión, sobre la que caben diversas opiniones, si bien la nuestra es que altera decisivamente el entorno e interior de ambas construcciones. No es ésta la única y fundamental modificación, puesto que en el edificio Escuela de Artes se rasgan las fachadas y se rompen las estructuras interiores para insertar las «anchor rooms» (salas ancla), elemento clave en el diseño arquitectónico del proyecto ganador.

Mucho se ha escrito y publicado ya sobre el tema y no es este el lugar ni el momento de debatir acerca de la relación entre arquitectura nueva y arquitectura histórica, asunto de candente actualidad por otro lado. Pero si el conocimiento histórico puede servir para algo es para hacernos más sensibles hacia la fragilidad de la memoria y de sus restos materiales, por lo que nuestras actuaciones deberían estar regidas por la medida y el necesario reconocimiento a nuestro pasado. Orientación que creemos tendría que haber sido considerada en el proyecto que afecta a dos de los tres edificios que nos quedan de la Exposición Hispano-Francesa de 1908.